

Ven y tómate la foto

Olivier Debroise

El programa de registro de electores, implantado desde hace varios meses en todo el país, introduce un elemento que, aparentemente, significa una novedad: la inclusión del retrato fotográfico, a colores, del acreditado. La imagen se constituye como un parapeto contra las posibilidades de fraude; debe asegurar también la transparencia de los futuros comicios.

El procedimiento, sin embargo, no es absolutamente nuevo, y México figura, además, entre los países precursores de la utilización del retrato fotográfico como mecanismo de identificación de los ciudadanos. En 1854, en los primeros tiempos de la fotografía de copia múltiple, un decreto de Santa Anna sugería que se retrataba a "los presos más famosos", para identificarlos en caso de fuga durante su traslado al presidio de San Juan de Ulúa. La costumbre de solicitar retratos de ciertos individuos considerados "peligrosos", se fue ampliando a lo largo del siglo XIX. Maximiliano pidió un registro fotográfico de las prostitutas de la Ciudad de México en 1865, alegando razones sanitarias. Durante el porfiriato, diversos grupos sociales medios, en contacto diario con la aristocracia, fueron asimismo compelidos a entregar su efigie junto con sus "generales", en esfuerzo de controlar y sanear la sociedad: cocheros, empleados domésticos, pequeños comerciantes "informales" como los cargadores, los aguadores y otros vendedores callejeros, maestros de escuela y, más tarde, periodistas, fueron las primeras "víctimas" del imperio fotográfico.

Paradójicamente, estas medidas a la vanguardia, fueron frenadas en el siglo XX, y mientras los países occidentales sistematizaban el uso de las credenciales de identidad con fotografía, se limitó en México a algunos sectores, a los funcionarios públicos, particularmente, y a los trabajadores sindicalizados; a los tenedores de pasaporte y a los estudiantes. Esto excluía a las mujeres, casi

siempre, y también a los sectores marginados, particularmente a los grupos indígenas. A grandes rasgos, esto excluía a todos aquellos que no tenían total y completa "carta de ciudadanía". Entiéndase, los inútiles, los "premodemos".

El programa *Ven y tómate la foto*, ampliamente publicitado, pretende, aparentemente, remediar esto, y sistematizar el uso de la fotografía como mecanismo de reconocimiento social integrador, último paso antes de la tarjeta de identidad obligatoria.

La campaña publicitaria de este programa y la consigna que lo acompaña, plantea, sin embargo, un curioso e interesante problema semántico, que atañe a la práctica de la fotografía. Invierte, en efecto, el orden de los actores. Hasta hace poco todavía, sobre todo en las zonas rurales, los individuos acostumbraban "ir a la fotografía" en ciertas ocasiones memorables, una boda, un bautizo, una defunción, un viaje a la ciudad más cercana, una visita a la Villa de Guadalupe... El fotógrafo era el mandamás: no sólo operaba la cámara y realizaba las complejas operaciones químicas del revelado y la impresión, sino que "diseñaba" la imagen. Ordenaba, modificaba, imponía su sello, su propia manera de posar. Era el autor único de la fotografía.

En sus manos, durante el tiempo de la pose y para la eternidad de la imagen impresa, el individuo se convertía en un simple objeto.

El individuo toleraba sus reglas; se entregaba, inseguro del resultado.

Ven y tómate la foto implica, por el contrario, que el objeto de la fotografía sea, ahora, su sujeto. El único actor. Esta anulación del fotógrafo o, mejor dicho, la desaparición de la calidad profesional del fotógrafo implica una tecnología simplificada y una extrema democratización del medio; una incrementada familiaridad con la imagen, que se deriva, más que de la fotografía, de la televisión.

La pérdida del miedo ante la cámara significa también la pérdida del aura de la fotografía.

Muchas de las imágenes que acompañan estas páginas, retratos realizados por fotógrafos profesionales en los últimos años, aun cuando su intención sea distinta, y sólo responsabilidad de sus autores, sugieren, no obstante, el radical

cambio de actitud de los fotografiados, que los diseñadores de la campaña *Ven y tómate la foto* han aprovechado. Ya no aparecen, en efecto, los rostros estereotipados, las poses hieráticas que hicieron "la gracia de los retratos antiguos". Los más jóvenes, sobre todo, interpelan a la cámara con ironía: al escoger su pose, al hacer muecas, al apuntar al fotógrafo, se erigen en verdaderos autores de las imágenes y relegan al fotógrafo al rango de un simple operario, o por lo menos, de un observador pasivo de la victoria del "sujeto", lentamente ganada después de ciento cincuenta años de práctica.

Francisco Mata Rosas, particularmente, en sus comentarios fotográficos sobre el programa *Ven y tómate la foto*, comprendió este cambio de actitud. Un campesino sentado en un estudio móvil todavía requiere de la "ayuda" del fotógrafo, mientras que, en otra imagen elocuente, una multitud urbana observa al fotógrafo subido en una invisible tarima. Todos miran a la cámara, desafían al operario: han venido en grupo incontable a tomarse la foto, orgullosos de su misma multitud.

Tú, amigo fotógrafo, ya no importas; nosotros hemos venimos a tomarnos la foto. Obedece. ¿Listo?

Texto publicado en *Luna Córnea 3. El retrato*
México, Centro de la Imagen/Conaculta, 1993.